

hombre que no siente el pecado original, no es una vida clásica.

En modo eminente se manifiesta el romanticismo de Rubén en sus grandes poemas patrióticos: «A Roosevelt» y «Salutación del Optimista». El poeta siente amenazados los pueblos de lengua española por la civilización anglo-sajona y se revuelve contra la amenaza, en lo cual hace bien, y procura infundir nuevo brío en el viejo tronco de la madre patria, en lo que hace mejor todavía. Pero Rubén ha debido ver, y no ha visto, que la actual pujanza norteamericana es consecuencia del puritanismo de los siglos XVII, XVIII y buena parte del XIX, así como la decadencia del día de mañana sería resultado del actual lujo y abandono de las funciones elevadas del espíritu, como no se ponga en los Estados Unidos pronto remedio a los males de ahora. El patriotismo de Rubén es una mera adhesión a lo propio, pero no

busca en la moralidad el secreto de la fuerza de los pueblos, y por eso no llega a ser clásico.

Las buenas personas suelen ser malos músicos; los buenos músicos, malas personas. Rubén no fué malo, sino desenfrenado:

Potro sin freno se lanzó mi instinto...

Si como sintió el dualismo de la forma pura frente a la forma impura hubiera sentido, con la misma perspicuidad, el de la vida pura frente a la vida impura, Rubén no sería meramente uno de los mayores poetas de nuestra habla, sino otro Milton (a mi juicio el poeta más grande que ha habido en el mundo) y hasta el fin de los tiempos encontrarían los hombres en sus versos la fuente de la vida.

Madrid.

(Hermes, Bilbao).

El Poema de la Urbe Cruel ⁽¹⁾

POR JAIME TORRES BODET

Una tarde de invierno arribó a la ciudad con su pobre bagaje de buena voluntad. Iba trémulo y torpe y escuchaba rugir en sus venas la turbia tentación de vivir, el áspero delirio de esa vida de alcohol de nuestro bronco México rebelde y español hundido en las entrañas de una muralla ardiente con bosques en el alma y nieves en la frente y su anhelo de gloria que en Cuauhtemoc culminaba amenazando estrellas con flecha diamantina!...

¡Oh México incongruente, doloroso y jovial, sonoro como bronce, frágil como cristal, hecho de melodía, de odio y de alegría, de rencores adustos, de difusa energía, de equívoca elegancia y de fatuo arrebol, oh México, sangriento corazón español! El te sintió esa tarde bullir a su redor con tus faros de angustia y tus ríos de amor; tus mujeres lo vieron pasar en torno suyo con ardor de prosélito y pudores de orgullo, su mano entre los pobres de tu sórdida grey repartió la limosna que no exige la ley, la que se da sin tasa, sin peso y sin medida con la amplitud fecunda con que se da la vida...

Y fué porque de pronto de ese mismo rebaño surgió el áspero lobo del primer desengaño, que otra tarde como esa, concluyente y fatal rompió de su esperanza la torre de cristal y como ola de sangre destruyó el maleficio el último baluarte que lo aislaba del vicio. Y fué, como en el llanto de todos los poetas, el hombre que convierte sus lágrimas en gemidos, el que irisa en la perla de su dolor postrero todo un abril de gloria nítido y agorero, el que pasa llevando, como una esclavitud, marchita ya en el alma, su vieja juventud... Conoció del gemido de la ronca cisterna del corazón que clama por su pérdida eterna, y en una noche incierta, perdida la esperanza sintió girar la Vida como una loca danza...

Y fué después la lenta caída sin rumores, el hastío diario del amor sin amores!

Ah! pero siempre al alma la cuida su fortuna y en una noche santa de comunión de luna, un recuerdo de armiño en su espíritu fiel revivió la dulzura de su prístina miel. Fué bajo el bosque patrio y junto al lago mudo, al pie de un árbol seco, dolorido y señudo en el que deshojaba horas de soledad para mirar el ruido, sin oír la ciudad... A lo lejos, las luces prendían su tesoro que seduce y espelnde y se vende como oro; un tráfigo anhelante parecía venir

a traerle mensajes y a llamarlo a vivir. A través de las ramas descendía una estrella y él la comprendía, cual si fuera doncella; le hablaba de su tierna lámpara familiar, de sus horas de estudio, de su viejo lugar con su grave parroquia, tapizada de hiedra, y sus calles angostas y sus tapias de piedra y sus casas pequeñas y de blanca humildad, como casas de azúcar en una navidad!...

Así, al pensar su infancia y al evocar su nido, como un ave perdida en un bosque de olvido, en la dulce concordia de la penumbra aquella adivinó el seráfico sentido de la estrella y sus ojos asiduos en buscar el pecado lloraron como nunca ningún hombre ha llorado...

¡Oh! rudo Adán sin nombre, que, sin nombre viniste de tus alegres campos hasta mi ciudad triste, yo que vi en un incendio de frenético ardor confundidos en llanto tu amor y tu dolor, es preciso que clame tu esperanza abolida y que tomen ejemplo los que sepan tu vida, los que miren las cosas con ojo transparente y tienen el espíritu cordial como una fuente, los que van por las rutas, en tropes de hermanos, y cantan sus canciones cogidos de las manos, los que llevan el alma como una antorcha indemne y saben que la fiesta de la vida es solemne!... A todos los que un día te miraron partir vuelve pronto a decirles lo que vale el vivir, cómo es cosa profunda, inclita y soberana que ignoramos en nuestras ciudades sin mañana y cómo su derecho lo ejercita mejor el que siembra en la gleba las hostias de su amor!...

México, tú que vienes a las urbes traidoras, regresa a tus poblados, cultiva tus auroras; no como el peregrino de mi poema exhausto rindas a la agonía tu vida en holocausto. Tu porvenir es otro, tu destino diverso; fecúndate a ti mismo y date al Universo!

(Envío de R. H. V. México).

El Salvamento de la Civilización

POR H. G. WELLS

[Hugo G. Wells es un notabilísimo novelista inglés, cuyas obras se agotan en ediciones extranjeras. Asombra por su imaginación y por la hondura de su pensamiento. De su último libro, *El Salvamento de la Civilización*, desprendemos las postreras páginas para excitar a estadistas y maestros a que lean meditativamente la obra. Wells es maestro también.—JUAN RAMÓN URIARTE].

Los puntos principales son: primero, que durante el pasado siglo ha ocurrido un gran cambio en las condiciones humanas, y segundo, que un vastísimo trabajo de adaptación que será, inicial y fundamentalmente, una *adaptación mental*, tiene que ser comprendida por nuestra especie. Es un trabajo que los políticos, que viven al día, y los estadistas, que viven de suceso en suceso, pueden retardar o ayudar grandemente; pero que no deben esperar ni conducir ni dominar. Políticos y estadistas forzosamente viven y trabajan en el plano de las ideas que encuentran a su alrededor.

La condición de sus actividades está hecha para ellas. Pueden verse obligados por el peso de la opinión pública a ofrecerla; pero la fuerza motriz de esta gran empresa no debe venir de las fuentes oficiales, sino de continua presión docente de una muchedumbre convencida y cada vez mayor. En tiempo de fluctuación y de linderos derribados, la importancia del maestro—usando la palabra en su sentido más amplio—crece con la progresiva disolución del orden establecido.

La responsabilidad creadora del mundo pasa hoy a manos del escritor y del maestro de escuela, a los tratadistas de ciencias sociales y económicas, a los profesores y los poetas,

(1) Poema premiado con la Flor Natural en el Certamen del Ateneo Nacional de Abogados, México.